

DOÑA MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL

1873-1954

El 28 de noviembre de 1954, a los 81 años de edad, falleció doña María Goyri de Menéndez Pidal. Su vida estuvo primero animada por un deseo de renovación de las costumbres femeninas en la misma línea doctrinal que entonces defendían ilustres mujeres y espíritus abiertos a las nuevas ideas; y después por una entrega total y eficazísima a las tareas investigadoras de su marido.

El primer impulso educativo lo recibe doña María de su madre, mujer de excepcional espíritu. A los doce años comienza la carrera de Comercio en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (1885-88), y más tarde los de Institutriz (1887-91). En 1890 desiste de estudiar en la Escuela Normal, y junto con Carmen Gallardo, hija del coronel Gallardo, asiste de oyente en la Universidad al primer curso de Filosofía y Letras. En enero de 1892, y en un solo año, alcanza el grado de Bachiller. Es el mismo año de su primera actuación pública y de la iniciación de su carrera universitaria. Ocurre aquélla con motivo de los injustos ataques de que era víctima, en el Congreso pedagógico celebrado ese año, la insigne y ya anciana doña Concepción Arenal por su ponencia sobre «la educación de la mujer». María Goyri, estudiante de 19 años, sorprende a todos con una emocionada y valiente réplica en defensa de la persona y de las ideas de doña Concepción. La condesa de Pardo Bazán abrazó entonces a «la joven alumna de Minerva María Goyri» (aludiendo a sus ojos verdes), como escribiría dieciocho años más tarde en *La Nación* de Buenos Aires.

De 1892 a 1895 estudia la Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Son muy conocidas las anécdotas relacionadas con la insólita asistencia de aquella mujer como alumna oficial (alumnas libres había habido ya antes) a las aulas universitarias: el certificado que debía extender cada catedrático de que la presencia femenina no perturbaba el orden en su clase; la espera

en sala aparte hasta que llegaba el catedrático; la entrada en el aula escoltada por el bedel hasta la mesita individual en que se sentaba. En estos años una profunda revolución comienza en la Universidad española. Desde entonces será cada vez más creciente la asistencia de alumnas en ella; pero hasta aquel momento su entrada era prácticamente imposible.

Durante el curso 1895-1896 estudió el Doctorado, oyendo por entonces las lecciones de Menéndez Pelayo. En 1909 lee su tesis doctoral, trabajo de literatura comparada sobre el tema de *La difunta pleiteada*, que ese mismo año publicará Victoriano Suárez.

Otro aspecto no menos revolucionarios de su juventud fué la pasión por el aire libre y el excursionismo. María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, junto con Ibañez Marín, director de la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, y su mujer Carmen Gallardo, paseaban por la carretera del Pardo y alguna vez encontraban a los otros apasionados solitarios del campo: Giner, Riaño, Cossío.

Tampoco iba nadie a la Sierra de Guadarrama. El tren llegaba sólo a Villalba primero, a Cercedilla después; desde estos puntos de partida María y Carmen, Menéndez Pidal e Ibañez Marín, subían a los puertos de la Navacerrada, León y Cotos, para cruzar el Paular y llegar a San Rafael, allá por el año 1897. Tiempo después el matrimonio Menéndez Pidal y el matrimonio Ibañez alquilarían unas celdas del monasterio del Paular, «inaugurando» el veraneo en la Sierra: desde allí extenderían sus excursiones a Miraflores por senda de montaña, a La Granja cruzando el Reventón, a Peñalara, etc.

Por entonces (1898) publicaba doña María sus primeros artículos en la *Revista Popular*, titulado «Crónicas femeninas», sobre diversos aspectos de la educación de la mujer para las faenas agrícolas.

En mayo de 1900 celebraba su boda con Menéndez Pidal, que acababa de ganar la cátedra de Filología Románica en la Universidad de Madrid. Desde entonces María Goyri aplicó su excepcional amor al trabajo, su inmensa curiosidad por todo problema intelectual a una obra silenciosa y anónima, sin afán de renombre, sin espectacularidad alguna. Es ésta una de las prendas más inestimables de su personalidad: la entrega sin limitaciones a lo largo de toda su vida a una incesante aportación de materiales para que su marido fuera levantando el gigante edificio de una obra que en parte aún espera coronación.

Las dos pasiones literarias de su vida fueron: el Romancero, tanto en su contenido estético y emocional como en la profusión de problemas literarios y filológicos, y Lope de Vega, el hombre y no el escritor, «mostruo» y milagro de Dios por su humanidad desbordante, múltiple, apasionada.

El mismo año en que Menéndez Pelayo (*Antología X*, pág. 7) afirmaba que el romancero «al parecer ha desaparecido casi completamente en las regiones centrales de la Península, en las provincias que por antonomasia llamamos caste-

llanas», María Goyri realizaba en tierras de Soria el hallazgo extraordinario de la poesía romancística castellana, que hasta entonces había vivido oculta a todos los especialistas. Pero dejemos la palabra al propio Menéndez Pidal:

«En mayo de 1900 hacía yo una excursión por ciertos valles del Duero para estudiar la topografía del Cantar de Mío Cid, y acabada la indagación en Osma, deteniéndome allí un día más para presenciar el muy notable eclipse solar del día 28, ocurriósele a mi mujer (era aquel nuestro viaje de recién casados) recitar el romance de la *Boda estorbada* a una lavandera con quien conversábamos. La buena mujer nos dijo que lo sabía ella también; con otros muchos que eran el repertorio de su canto, acompañado del batir la ropa en el río; y enseguida complaciente, se puso a cantarnos uno, con una voz dulce y una tonada que a nuestros oídos era tan «apacible y agradable» como aquellas que oía el gran historiador Mariana en los romances del Cerco de Zamora. El romance que aquella lavandera cantaba nos era desconocido, por eso más atrayente:

Voces corren, voces corren, voces corren por España
que don Juan el caballero está malito en la cama...;

y a medida que avanzaba el canto, mi mujer creía reconocer en él un relato histórico, un eco lejano de aquel «dolor, y tribulación y desventura» que, al decir de los cronistas, causó en toda España la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, porque esa muerte ensombrecía los destinos de la nación. En efecto, estudiado después, aquel era un romance del siglo XIV, desconocido a todas las colecciones antiguas y modernas. Era preciso, en las pocas horas que nos quedaban de estancia en Osma, copiar aquél y otros romances primer tributo que Castilla pagaba al romancero tradicional de hoy día; era necesario también anotar aquella música, evitando el defectuoso sistema de recoger sólo la letra. Y buscando al Maestro de Capilla de la Catedral, haciendo a la bondadosa lavandera repetir y repetir sus cantos, se nos pasaron las horas, sin tiempo apenas para contemplar el gran eclipse solar que entonces ocurría, y que, habiéndonos retenido en aquella vieja ciudad, ya poco significaba para nosotros ante el sol de la tradición castellana que allí alboreaba tras una noche de tres siglos, desde que Juan de Ribera publicó el último pliego de romances orales en 1605». (*Romancero hispánico*, II, págs. 291-92).

El estudio de este romance lo publicaría María Goyri años más tarde en el *Bulletin hispanique*. Desde entonces son abundantes los trabajos sobre romances que publica doña María, desde el folleto *Romances que deben buscarse en la tradición oral* (Madrid, 1907) hasta *Los romances de Gazul*, publicado en 1953. Pero la parte más importante de sus trabajos de clasificación, anotación y estudio de romances ha quedado incorporada al monumental corpus del *Romancero hispánico*, que hoy Menéndez Pidal prepara para su rápida impresión.

Su otra pasión literaria, la de Lope de Vega, data también de su juventud. Ya hemos dicho que su tesis doctoral (1909) versó sobre *La difunta pleiteada*. Múltiples estudios relacionados con este escritor pueden verse en la bibliografía adjunta. Pero la obra más importante, empezada en la juventud y elaborada constantemente hasta los últimos momentos, permanece aún inédita. Es una extensa biografía de la juventud del poeta, fundada en los datos que suministran sus propias obras. El cariño que doña María puso en esta obra nos hace desear una rápida edición de ella, para que llegue a todos muy pronto.

Hemos procurado sintetizar en esta nota las facetas más características de doña María Goyri. Pero hay algo en ella inaprehensible; me refiero a cómo concebía su propia vida, y en consecuencia a las virtudes que la adornaban. Supo ser exquisitamente mujer, pero acertó a unir a su feminidad eso que hemos dado en llamar caracteres viriles. Su clara inteligencia le hizo superior a las vanidades del mundo. No quiso honores ni gloria, y hasta supo despreciar a la hora de su muerte todo eso que ha inventado no la piedad, sino la vanidad humana. Quiso morir como había vivido: en silencio. Quizás ésta haya sido la más grande de sus lecciones. Su modestia le hizo exclamar en cierta ocasión ante una periodista: «¡Pero, hijita, mi vida no tiene nada de extraordinario! He ayudado en lo posible a mi marido y he criado a mis dos hijos con esmero. Eso es todo». Sí, eso es todo. Porque en estas frases se encierra todo el programa que se expone en el último capítulo de los *Proverbios*.

¡Descanse en paz entre los muertos y que Dios la haya acogido en la gloria!

BIBLIOGRAFIA

Crónicas femeninas, en la 'Revista popular', I, 16-XII y 30-XII de 1898.

Los centros de cultura femenina, en 'Unión Ibero-Americana', XIX, 20 abril 1905.

Notas a la versificación de don Juan Manuel, 'Revista de Archivos', VI, 1902, página 320.

Romance de la muerte del Príncipe don Juan, 'Bulletin hispanique', VI, 1904, páginas 29 ss.

Romances que deben buscarse en la tradición oral, 'Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos', Madrid, 1907, 30 págs. Rehecho en la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios históricos, 1910, en colaboración con Eduardo M. Torner, que escribe las *Indicaciones prácticas sobre la notación musical de los romances*, 33 págs.

La difunta pleiteada (estudio de literatura comparativa), Madrid, Victoriano Suárez, 1909, 70 págs. Reseñas de J. D. M. Ford en 'Romanic Review', I, 1910, pág. 440; H. Merimée en el 'Bulletin hispanique', XII, 1910; pág. 230; Renier en el 'Giornale storico della Letteratura italiana', 1910, pág. 118.

Dos notas para el Quijote: Jaboneros; Duelos y quebrantos, 'Revista de Filología Española', II, 1915, pág. 33 ss.

La Serrana de la Vera de Luis Vélez de Guevara, publ. por R. Menéndez Pidal y María Goyri de M. P., Madrid, 1916.

Sobre la nota cervantina «Yo seguro que...», 'Revista de Filología Española', XII, 1925, pág. 178.

Dos sonetos de Lope de Vega, 'Revista de Filología Española', XXII, 1935, página 415 y ss.

El Amor Niño en el romancero de Lope de Vega, en 'Fénix', XII-1936, pág. 668 y ss.

Don Juan Manuel y los cuentos medievales, 1939. (Forma el volumen 27 de la 'Biblioteca Literaria del Estudiante', publicada por el Instituto Escuela).

Elegía de Lope de Vega en la muerte de Jerónimo de Villaizán, 'Revista de Filología Española', XXII, 1935.

Para el romancero de Lope de Vega, en la revista 'Mediterráneo', II, n.º 7-8, de la Universidad Literaria de Valencia, 1944.

Con motivo del reajuste de unas fechas. La muerte de doña Isabel de Urbina, 'Nueva Revista de Filología hispánica', III, 1949, págs. 378-385.

La Celia de Lope de Vega, 'Nueva Revista de Filología hispánica', IV, 1950, páginas 347-390.

El Duque de Alba en el romancero de Lope de Vega, 'Revista de Filología', de Buenos Aires, año III, n.º 3, 1951, págs. 185-200.

La Baronía de Arenós y unas cartas del Conde de Feria, 'Revista valenciana de Filología', I fsc. 4.º, 1951.

Leones domésticos, 'Clavileño', Mayo-Junio 1951, n.º 9, págs. 16 y ss.

De Lope de Vega y del romancero, Zaragoza 1953; recopilación de varios trabajos anteriores.

Los romances de Gazul, 'Nueva Revista de Filología hispánica', VII, 1953, páginas 403 y ss.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ



